

Boletín de la Biblioteca Nacional

Director: JULIO CESAR ESCOBAR

Junio de 1933.
No. 8

San Salvador, C. A.
Imprenta Nacional.



EDITORIAL

RESEÑA HISTORICA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

ES innegable que los centros bibliográficos están llegando al grado máximo de su importancia en la educación popular. Antes eran hacinamientos de libros o manuscritos, abiertos únicamente a los hombres de la nobleza o a los aristócratas del saber; ahora las bibliotecas son cosas vivas, fuentes inagotables de las multitudes; son, en pocas palabras, el termómetro o índice de la cultura de un pueblo, o las Universidades populares, cuya marcha educativa obedece a un plan científico.

En los momentos que vivimos, ningún país civilizado desatiende en lo menos sus bibliotecas; al contrario, las impulsan tanto como a las demás instituciones culturales de primer orden, y es que hoy se les considera como el complemento de una buena enseñanza.

Para el turista las bibliotecas son objetivo principalísimo, y no se conforma con oír explicaciones verbales de los empleados de estas instituciones, sino que hace apuntes sobre el caudal bibliográfico, métodos de trabajo y todo cuanto a ellas se refiere.

Atendiendo a tales circunstancias, y por otra parte, juzgando que nuestra Biblioteca Nacional es una de las entidades que más prestigian a la Nación, nos proponemos en el presente editorial hacer una reseña histórica de su vida, arrancada de los archivos respectivos; reseña que si no satisface del todo a extranjeros o nacionales que la visiten, por lo menos señala los puntos más salientes de una larga labor bibliotecaria, al correr de los años.

Este trabajo ha sido elaborado con el auxilio del «Diccionario Histórico o Enciclopédico de El Salvador», de don Miguel Angel García, obra que es un monumento en su género, y quizá la única que, de un modo extenso y or-

denado, nos habla de la vida salvadoreña en sus múltiples aspectos.

Hace 63 años que por Decreto del Poder Ejecutivo, (5 de Julio de 1870) ejercido en aquel tiempo por el Dr. Francisco Dueñas, y siendo Ministro de Instrucción Pública don Gregorio Arbizu, se fundó en esta ciudad la Biblioteca Nacional con seis mil volúmenes, comprados por el Gobierno. (Fue comisionado para ello, el Ministro de El Salvador en Italia, Sr. Fernando Lorenzana, quien aprovechó la venta de la Biblioteca particular del Cardenal Lambruschini, por fallecimiento de éste, persona que había sido Bibliotecario del Vaticano). En las obras ingresadas a la biblioteca estaban incluidos los Códigos, Leyes y publicaciones que habían sido promulgadas hasta aquella fecha en la República y en las demás de Centro América. El Dr. Ramón García González, en su carácter de Secretario de la Universidad Nacional, leyó un informe sobre la Biblioteca al verificarse la apertura de las labores universitarias el año 1880, informe que determinó el número exacto y la clase de obras existentes sobre ciencias antiguas, arte, política, historia, literatura, etc., casi todas ellas en distintos idiomas al nuestro. Ese informe dió por sentido que se carecía de obras científicas y de otros géneros publicadas en castellano durante el siglo XIX. En 1884 el Dr. Emilio González, Secretario de la Universidad, manifestó que la Biblioteca Nacional continuaba con la anterior existencia de libros, teniendo solamente un aumento de 361 volúmenes que obtuvo el Gobierno, consistente en obras sobre Historia, Medicina, Matemáticas y Religión. En 1886 el Dr. Rafael U. Palacios, quien tuvo a su cargo dicho centro, formó el primer catálogo general de la Biblioteca en orden alfabético, con indicación exacta de cada materia, fijación de idiomas y detalle del número de volúmenes que contiene cada obra, to-

mando de los colofones correspondientes el año en que fueron editadas, lugar y casa editora, resultando de este trabajo el esquema bibliográfico siguiente: Teología y materias eclesiásticas, 250 obras con 843 volúmenes; Historia, 291 obras con 882 volúmenes; Ciencias Médicas, 295 obras con 343 volúmenes; Geografía, descripciones de viajes etc., 81 obras con 287 volúmenes; Biblioteca «La Juventud», 249 estudios dentro de 417 volúmenes. Según el Dr. Palacios, el total de volúmenes en aquella época era de 6,233 en los que predominaban los idiomas extranjeros y lenguas muertas de esta manera: en Historia, el Francés y el Italiano; en Teología y Jurisprudencia, el Latín; y en Literatura, el Francés y el Italiano.

Con el buen deseo de que la Biblioteca desarrollara una amplia labor cultural para todas las clases sociales, se dispuso por Decreto de 22 de Septiembre de 1887 que este centro se desligara de la Inspección del Consejo de Instrucción Pública, a efecto de que actuara libremente y sólo con la vigilancia y control del Ministerio respectivo. Desde entonces todos los ciudadanos visitaron asiduamente la Biblioteca con el objeto de ilustrarse sin grandes dificultades. Las funciones de la Biblioteca fueron reglamentadas, por primera vez, el 4 de enero de 1888, siendo Ministro del Ramo el Dr. Hermógenes Alvarado. «El Constitucional» del 7 de Julio de 1870, al comentar la fundación de la Biblioteca, editorializó en esta forma: «BIBLIOTECA NACIONAL». Nadie es capaz de negar que el establecimiento de la biblioteca destinada al uso público, después que se ha prestado la posible atención al Ramo de la Instrucción General, como sucede entre nosotros, influye mucho en el esparcimiento de ésta, pues la lectura es el auxiliar más poderoso, el agente más eficaz de los adelantos intelectuales. Penetrado de esto, el Sr. Presidente de la República, con aquella perseverancia que le distingue para acometer y llevar a cabo toda obra de progreso y de general utilidad, ha decretado la fundación de la «Biblioteca Nacional Salvadoreña», la cual deberá colocarse en el Palacio en el orden y forma expresados en los artículos reglamentarios que comprenden dicho Decreto. Esta medida corresponde a las elevadas miras del Jefe de la Nación. No será la Biblioteca un mero aparato, sino el elemento indispensable y acertado de un plan

benéfico, cuya influencia se extenderá así por los ámbitos modestos de las escuelas primarias populares, como por las regiones elevadas de los colegios superiores y la Universidad. La Biblioteca acelerará el movimiento extensivo de la instrucción pública para que siga alcanzando plausibles mejoramientos y reformas. Esto, en verdad, da más que vida del cuerpo, la vida radiante del espíritu, la ilustración, cuya luz alcanza ya a alumbrar el porvenir de la Patria. Como nuestras fuerzas, aunque débiles, están siempre al servicio de la Nación, la Biblioteca será un objeto que ocupe de preferencia nuestra atención, pues deseamos que se plantifique, que se enriquezca, que se relacione extensamente, dé nombre y dé honra al país».

Se necesitó del proceso de organización bibliográfica de 18 años para proceder a inaugurar la Biblioteca Nacional por parte del Poder Público, el día 15 de marzo del año de 1888, con motivo del primer aniversario de la inauguración del monumento levantado en honor del héroe Centro-Americano, General Francisco Morazán, en la plaza de su nombre. El acto inaugural se verificó a las nueve de la mañana del día citado, con asistencia del Sr. Presidente de la República, General don Francisco Menéndez, de los señores Ministros de Instrucción Pública y Hacienda, Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, Miembros del Cuerpo Diplomático, altos empleados del Gobierno, profesores y hombres de letras. El discurso preliminar estuvo a cargo del entonces Bibliotecario Dr. don Rafael U. Palacios, habiendo disertado sobre la utilidad cultural de las bibliotecas. Desde aquella fecha en que se puso al servicio público el centro, hasta hoy, ha ocupado el ángulo Sudeste de la Universidad Nacional.

Han desfilaro frente a la Dirección de la Biblioteca muchos hombres de ciencia y de prestigios en las letras nacionales: el Sr. D. Rafael U. Palacios, que fue considerado como magnífico profesor y lexicógrafo profundo; Don Francisco Garidía, que es gloria y orgullo de las letras hispanas, hombre sapientísimo y de una elevada cultura; don Arturo Ambrogí, escritor regionalista y diverso que siempre ha triunfado con el brillo de su pluma multiforme, y otros más que se han dedicado con ahínco a la gimnasia intelectual.

Más de dieciocho mil obras era la existencia catalogada de nuestra Bi-

bliblioteca en el año de 1931, advirtiendo que todas ellas son de positivo valor científico, artístico, histórico y literario, y que, de consiguiente, constituyen la biblioteca que el pueblo salvadoreño necesita, es decir, una biblioteca que está en armonía con lo que somos. De ese año al presente el centro ha reforzado sus anaqueles con 2,998 obras de escritores modernos y de justificada fama universal, adquiridas algunas con fondos del Estado y las más por vía de canje, servicio que este Boletín sostiene con eficiencia.

El actual Gobierno, por medio de la Subsecretaría del Ministerio de Instruc-

cion Pública, atendiendo las exigencias de la hora, y en el deseo de hacer de la Biblioteca una verdadera institución cultural y científica, que responda a las finalidades que se anhelan, tiene los firmes propósitos de darle todo el impulso que merece, y en tal sentido las autoridades de Fomento dan los pasos convenientes para levantar el verdadero edificio de la Biblioteca, que, además de ser garantía de su acervo riquísimo, será una obra de adecuada arquitectura que ha de contribuir, indudablemente, al ornato de la metrópoli.

JULIO C. ESCOBAR.

La Biblioteca del Vaticano ha sido modernizada por el Sumo Pontífice Pío XI de acuerdo con el modelo americano. Los libros son ahora guardados en «skyscraper» de acero, en los cuales se han empleado millares de kilómetros, de rayos metálicos. Un ascensor automático de una potencia de 435 kilogramos, que corre 35 metros por minuto, se desliza a lo largo de aquella fortaleza de libros. Pío XI por su dedicación a las bibliotecas y por la atención que ha prestado a esta clase de trabajos se le ha llamado justamente el Papa-bibliotecario. Gracias a sus cuidados, aquella famosa biblioteca se ha enriquecido, en el curso de los últimos siete años, con más de 80,000 volúmenes y en 6,500 manuscritos. No regatea cuando se trata de adquirir ejemplares rarísimos y semejante al Papa Nicolás V mantiene con este fin a todo un destacamento de bibliófilos investigadores.

UN LIBRO DE ALFREDO ESPINO**CARTA PROLOGO DE ALBERTO MASFERRER**

Amigo don Alfonso Espino:

Ustedes son familia de poetas. Antonio Najarro, abuelo de Alfredo, era hombre que sentía y hablaba como poeta. Sus versos ingenuos, sencillos, sentimentales, romantizaron los días de nuestra juventud.

Usted, no solamente habló en verso como poeta noble y sincero, sino que hizo de su vida, me complace decirlo yo antes que nadie, una vida de poeta, en cuanto esa palabra tiene de más alto, limpio y esforzado. Usted supo y quizo, en este medio nuestro mezquino y lucroso, vivir sin mancharse, trabajando como un burgués honrado, y sintiendo como un artista devoto y hondo.

La madre de Alfredo habría sido poetisa militante, sino hubiera tenido que realizarse en sus hijos; como las madres se dan todas, en cuerpo, mente y corazón, no les queda nada para el verso ni para el cuadro ni para el canto, una vez que surge en torno de la turba de niños, que vale como una turba de poemas. En este caso fueron obras maestras, pues Miguel Angel es un delicadísimo orfebre de la prosa, y Alfredo fué una lira hecha hombre.

Adivino, y me recreo pensándola, esa vida íntima de un hogar numeroso, pobre, en que todos los días se libra una batalla y todos los días se obtiene una victoria. Afuera, el pan, que urge captar o con el sudor de la frente o con el sudor del cerebro. Y ha de captarse cada día tenaz y valerosamente, sin permitir que nos distraiga ni un momento con sus gorgeos el pájaro del ensueño. Ahí no somos poetas sino conquistadores. Mediante un

extraño y doloroso desdoblamiento, el poeta se queda inerte y mudo en la prisión de la casa, como un jilguero se quedaría adormecido y mudo en la prisión de la jaula. El hombre, «el hombre», el que ha de llevar el pan a los hijos, ese, transformado en obrero, se va a la calle, a conquistar el sustento del día.

Pero una vez acallada la necesidad, una vez cerrada la puerta de la casa a los ojos y a los oídos indiscretos, una vez todos juntos y libres, el poeta reaparece, y la lira sustituye al martillo. Y siendo, como entre ustedes sucedió, que todos eran artistas en actividad o en latencia, han de haberse vivido ahí unas horas de tan profundo y vibrante lirismo, como sólo se conocieron igual en los hogares del Renacimiento, entre aquellas familias de pintores y de escultores, para quienes el color y la línea eran la más encendida de las plegarias.

Yo quisiera disponer de capacidad y de tiempo bastantes para deleitarme rastreando la gestación y la floración de los versos de Alfredo: qué tarde clara y sonante fué aquella, un domingo quizá, cuando subiendo todos juntos las suaves colinas del San Jacinto, surgió la mancha verde y ondulante de los pericos, y se grabó en las pupilas de Alfredo, esa maravillosa visión, que todos hemos visto pero que ninguno comprendiera antes de que él nos revelara su belleza! Y qué pasó aquel día, tormentoso y aciago, cuando en la noche, los dedos magnéticos de la madre calmaron una tempestad en el cerebro del poeta, y éste vertió de su corazón, a la mañana siguiente, esa perla di-

luída en palabras que llamó «Las manos de mi madre»?

Y aquella hora de serenidad profunda, cuando los ojos sin lágrimas y el corazón sin nubes recogieron las notas de ese cuadro maravilloso de la «Acuarela Salvaje», no fué la flor nacida de una serenidad de muchos días, en que el santuario familiar tuvo constante pan y alegría?.....

Y al revés, qué rebozamiento de dolor, qué agitación e inquietud y zozobra no se acumularían sobre este pobre soñador, en los días en que exhaló el más hondo y bello de sus cantos, ese que todos, desde entoces, repetimos en nuestras horas grises.....

.....!Dos Alas!.. ...quién tuviera dos alas para el vuelo!.....

*
* *

Mas, heme aquí, falto de visión, falto de tiempo, falto de candor y de ingenuidad suficientes y la tarea deleitosa de ir desentrañando, el manantial de esos versos que fueron todos lágrimas, visiones, éxtasis, desbordamientos de un corazón que, en verdad, no latía sino que cantaba perennemente.

Uno solo de sus poemas, ese de las DOS ALAS PARA EL VUELO, me daría material para un libro, si yo fuera capaz de escribirlo. Porque, en verdad, ahí está escrita la historia de todo hombre que amó y padeció; ahí está simbolizado el desengaño eterno de que surgió la «simplicidad» que ensalzara Jesús, la «renunciación» que prescribiera Budha, la queja en que Job añoró la paz de los que no nacieron,

y el suspiro melancólico de Moisés, cuando dijo de todas nuestras venturas, que son «flor de heno secada por el aliento de la tarde»....

Yo me imagino, siempre que recuerdo y medito esos versos, así talvez lo sentía el poeta, no un vuelo de alegría y de triunfo, posándose de cima en cima, aleteando y clarinando por sobre los hombres y las cosas, sino un vuelo sereno, sostenido, callado, sin posarse en ninguna parte, sin contemplar ningún paisaje, sin desviarse por ninguna nube, ni por ninguna luz, sin distraerse por ninguna voz..... sino un vuelo de liberación, recto, sereno, mudo, hacia allá.....siempre.....hasta verme totalmente libre de los hombres y de la vida. Dos alas.....quién tuviera dos alas para el vuelo!.....

*
* *

Yo creo, amigo don Alfonso Espino, que no faltará la suficiente comprensión para ver que el libro de Alfredo—aparte unos cuatro poemas, que yo suprimiría, es un libro de «nosotros», un libro nacional, de poesía que todo salvadoreño conoce y siente y comprende, y que merece, por consiguiente, ser impreso, en gran número, a expensas del Estado para deleite y mejoración de todos sus hijos.

Pues, en verdad, un poeta, un poeta como éste, es un don del cielo, como la luz del sol y como el canto de la brisa, y conviene que todos podamos decir de él, como San Pablo dijo del Señor: «En El vivimos, nos movemos y somos.»

EL SABER Y EL VALOR ALTERNAN GRANDEZA; porque lo son, hacen inmortales: tanto es uno cuando sabe, y el sabio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo a escusa. Consejo y fuerzas, ojos y manos; sin valor es estéril la sabiduría. Gracián.

BIBLIOGRAFIA NACIONAL

EN LA MONTAÑA O EL ALMA DEL INDIO

por JOSE VALDES

Hemos recibido con atenta dedicación que agradecemos, el último libro publicado por el Dr. Manuel Quijano Hernández cuyo solo título «En la Montaña o El Alma del Indio», nos movió a hojearlo y después a una lectura más cariñosa y atenta. La personalidad del Dr. Quijano Hernández, surge ya bien delineada en el grupo de nuestros valores literarios. Su labor ha sido amplia y diversa con la amplitud y diversidad de preparación que sólo se produce en los temperamentos intelectuales curiosos, atraídos por ese horizonte de arcanidad que se impone sobre todas las realidades.

Así en revistas y periódicos hemos apreciado, unas veces, al hombre de ciencia, que se aplica al comentario del hecho científico; otras, al espíritu observador, que no deja pasar un sólo signo o una sola manifestación de vida humana, sin rendirse al afán de buscarle una interpretación. Pero, en ciertos momentos de su vida, el Dr. Quijano Hernández, se nos manifiesta como un contemplativo, en los ocios reparadores, propicios al meditar, al «dulce metafisiqueo» de Nervo.

Su obra de ahora es la expresión de uno de esos instantes de reposo mental. Lejos de la ciudad,

la «maldita ciudad» de Leopardi, siempre desnuda y tentadora fué ella vivida. Y sobre los turbios senos de las luchas de los hombres, en la cumbre de una montaña, ante las perspectivas de las lejanías que lloran ausentes o sonríen ante los retoños.... Sobre todo, es una obra cordial, con esa cordialidad expansiva, sin reticencias, que se agudiza hasta la ternura. LEYENDOLA NO HE SENTIDO EL

ALEJAMIENTO DE MIS LIBRITOS FAVORITOS. Todo lo que se escribe, se habla o se canta, me interesa, y gusto de escuchar, limpia la mente de todo criticismo,

POETAS SALVADOREÑOS

EL NIDO

(De un libro de Alfredo Espino.)

Es porque un pajarito de la montaña ha hecho en un hueco de un árbol su nido matinal, que el árbol amanece con música en el pecho, como si tuviera corazón musical.

Si el dulce pajarito por entre el hueco asoma, para beber rocío, para beber aroma, el árbol de la sierra me da la sensación de que se le ha salido cantando el corazón.

las voces que dejan escapar las almas y las cosas. Es muy del siglo aspirar a esa tolerancia de penetración que mantiene sus ojos abiertos y sus oídos atentos a todos los rumores del universo. Y es que no hay latido humano ni mínimo temblor de cosmicidad que no entrañe algo que merezca nuestra atención. Y en esas visiones de «En la Montaña o el Alma del Indio» palpita el soplo de paisajes y sucesos de la tierra en que nos ha tocado disfrutar de nuestra porción de sol. Realza el mérito en ella cierto altruismo que todos habremos de sentir ante ciertos destinos

humildes y anónimos, petrificados en la obscuridad de una insignificancia que muerde las fibras de la compasión.

«En las varias temporadas que he pasado en mi pequeña propiedad de Oriente, dice el Dr. Quijano Hernández en la primera página, en comunión constante con campesinos de ambos sexos, me ha sido posible observar y estudiar sus costumbres y palpar sus necesidades, las cuales he procurado aliviar en la medida de mis posibilidades. He penetrado en su alma y sondeado sus misterios. Me he confundido con ellos para apreciarlos mejor. Los he interrogado y sus ingenuas respuestas, tamizadas en mi cerebro, las transmito a mis lectores en su propio lenguaje (el del campesino) y sin apartarme mucho del fondo de la verdad que encierran. Anhele para ese pueblo, trabajador, incansable, el advenimiento de una era de justicia y de equidad; porque tal como se le trata ahora, es un conjunto de acémilas que llevan más carga de la que pueden soportar, y de ahí que se les vea siempre agobiados por el duro batallar de la vida. Desde que nacen hasta que mueren recorren inmisericordes una sola e interminable vía dolorosa».

Hay en todo eso una verdad ruda y punzante, las vidas dedicadas a los rigores de faenas implacables, en nuestros campos, con las men-

tes ajenas a la significación de otras maneras de vivir, todavía sujetas a crueldades embrutecedoras no pueden menos de compungir, despertando el piadoso anhelo de una existencia menos inhumana para ellos. Y el autor de la obra, a que dedicamos este breve comentario, lo ha experimentado. Son páginas éstas, dentro de su sencillez, escritas para el futuro. Vendrá la hora de los virajes necesarios en nuestra historia, y entonces estos anticipos en el correr de las ideas y de los tiempos, serán como los signos que revelaran al historiador del porvenir las rutas recorridas por una multitud de hombres que no pudo o no supo extraer de su voluntad el impulso generoso de su propia redención. Literariamente, «En la Montaña o El Alma del Indio» pertenece a ese género de obras que se han inspirado más en las fuentes del sentimiento que en las especulaciones regidas por preceptivas o ideas que despojan al pensamiento de su original veracidad.

Se transparenta que su autor no persigue, al publicarle, uno de esos exhibicionismos de publicidad tan baratos en estos tiempos. Por su visión personal, tiene que ser leída con interés por todos los que hallan deleite en sentir la vida que les rodea a través de las almas que puedan expresarla con el desinterés más íntimo de su pensamiento.

EN UNA PALABRA, SANTO: que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto prudente, atento sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. Tres ESSES hacen dichoso: santo, sano y sabio; la virtud es sol del mundo menor y tiene por hemisferio la buena conciencia. Es tan hermosa, que lleva la gracia de Dios y de las gentes. No hay cosa amable sino la virtud, ni aborrecible sino el vicio. La virtud es cosa de veras: todo lo demás, de burlas. La capacidad y grandeza se ha de medir por la virtud, no por la fortuna. Ella sola se basta a sí misma: vivo el hombre, le hace amable; y muerto, memorable. Gracián.

PRELIMINAR DEL LIBRO «VOCES DEL TERRUÑO»

LA POESIA DE NUESTRO CAMPO

POR FRANCISCO MIRANDA RUANO

De algún tiempo a esta parte, deseaba exponer algo de lo que podría llamar mi conciencia literaria, amparado, como siempre, bajo el más sincero palpar espiritual; y es ésta ocasión propicia para que lo haga modestamente y no por eso sin el más alto fervor de mis inquietudes interiores.

Azorín, el maravilloso filósofo de las pequeñas cosas, reclama para los españoles, como medio de vincularse íntimamente con la tierra que les ha visto nacer, el estudio y comentario del acervo de literatura clásica que, en libros inmortales, duerme en los anaqueles de los anticuarios y en los empolvados rincones de las bibliotecas. Señala como objeto de atención y reflexión, las grandes órbitas espirituales de los clásicos, órbitas que, amplificándose en el seno del tiempo, han llegado a formar la sensibilidad castellana de ahora, de la cual es él, quizá, el más alto y el más genuino de sus intérpretes. Hay en toda su labor esa tendencia elevada: sus glosas de las obras del Siglo de Oro y sus prosas de arte aisladas, van encaminadas a presentar en estilo sobrio, original y finamente emotivo el ambiente físico y, correspondiendo a éste, el ambiente moral de Castilla, como para comprobar, con rara virtuali-

dad, la teoría taineana del espíritu con relación al medio natural. En él, como en Juan Ramón Jiménez con respecto a Andalucía, encontramos toda una visión de campos y poblados, entonada de una delicada iluminación y de una suave

caricia de melancolía..... Hay que sentir la poesía de esa visión en que aparecen las carreteras llenas de polvo y de sol, las campiñas amodorradas y los trigales con las detonantes amapolas, los cipreses solitarios, las aguas de la alberca, los olivos con cigarras de cantar interminable, las vidas inútiles de los viejos provincianos, la canción de la esquila a lo largo de los senderos, los grises pueblecillos que no han visto el mar....Cosas que quedan vivas y pre-

sentes en nosotros, que llegamos a comprenderlas y a amarlas a través de esa lírica de película que nos desenvuelve Azorín.

Tal como la obra de Azorín, pido yo otra para América, uniendo así mi voz a la de muchos que han pedido el poeta netamente americano y subjetivo. Ya en algunos países como Colombia, Perú, Uruguay y la Argentina han brotado, aislados, los frutos del cultivo de una literatura de sabor criollo; más, aún no ha surgido el taumaturgo que, en prosa o en verso, obre la

SELECCIÓN

LA POESIA

POR JUAN RAMON JIMENEZ.

*Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.*

*Luego se fué vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fui odiando, sin saberlo.*

*Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros....
¡Qué iracundia de hiel y sin sentido!*

*...Mas se fué desnudando
y yo le sonreía.*

*Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Crei de nuevo en ella.*

*Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda....
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!*

maravilla de dar vida a nuestras cosas, a nuestros tipos a nuestros paisajes, de una manera vigorosa y definitiva.

No existiendo en estos países base alguna de clásicos no podemos más que recurrir, en nuestra inquietud hacia la comprensión absoluta de nuestra tierra y de la característica de nuestras almas, a lo que conserva aún su sello original y que constituye, al par de la vida un inmenso y cordialísimo libro: la Naturaleza: nuestro campo que está ahí no más, jubiloso y ubérrimo, palpitante y cálido como un pródigo seno; que aún guarda las huellas sagradas de los abuelos indígenas; que aún oye cantar los pájaros retardatarios del viejo *nahualismo*; que aún dice misteriosas voces de conseja y de leyenda; en donde todavía están volando, como en un órgano solemne, los ecos de las liturgias primitivas; en donde está rezagado todavía un recogimiento misterioso como denunciando el paso reciente de los dioses de la antigua teogonía que, como los del paganismo helénico, hubieron de fugarse al paso de la Cruz.....

Es en ese campo en donde se forjó la sensibilidad y tristeza de la raza autóctona, que vienen, a través de los cruzamientos étnicos, subsistiendo y avanzando como los círculos del agua Porque la tierra, o mejor dicho el medio, contribuyen en gran manera a formar una contextura espiritual generadora de especiales condiciones en los pueblos, bien sea en su religión, en su moral, en su arte o en sus ciencias. Así vemos, observando la historia y la geografía, que las razas que habitaron países montañosos, boscosos, incultos y feraces hasta la desproporción, fueron por excelencia las razas taciturnas, melancólicas, hurañas,

cruels y fanáticas, las de los países claros, frescos por la cercanía de los mares, vividos por la transparencia de un aire salutífero y por los efluvios de una vegetación deleitosa, alegres, continuamente jóvenes amplios y serenos. En el primer grupo pondríamos a las razas de Europa, a los indios, a los indios de América; en el segundo, a los hebreos y a los musulmanes, y, en el tercero, a los griegos, romanos, y a los sarracenos de España. Observad el rasgo antropológico, las costumbres, los ritos, el arte y la filosofía y veréis comprobada esta relación manifiesta de los pueblos con la tierra en donde han nacido o existido.

Así, pues, buscando por vía de conocimiento el motivo de esta enfermiza y dulce perturbación del alma indo-española y que llamamos tristeza o melancolía, la encontramos en el indio fatalista que presenció por primera vez la estupeficiente floración de las selvas, el trueno de los volcanes, la augusta impasibilidad de las montañas y los salmos ecuménicos de dos inmensos mares.

Como base de emoción sana, intensa y sincera, nuestro campo mantiene una alta cifra de atracción para el espíritu que ponga oído atento y compulse sus ritmos y sus voces, máxime si éste espíritu es de los que viven en el fervoroso colmenar de las ciudades, entre la multitud lesiva y chocarrera dentro del tráfago febril y resonante. En él hallará la fuente del silencio, generosa para las almas que ostentan el sagrado blasón del Pensamiento o del Sentimiento; en él encontrará las aguas que van, tras intuiciones móviles, conduciendo a la Verdad; en él estará, desnuda como las ninfas de los frisos o ardiente como las bayaderas de la India, la poesía de luz que desde Pitágoras

y Homero, fué la armonía de los mundos y la hija del Sol..... Fatigados quizá os llegaréis a él; desconcertados acaso por el bullicio reciente; enfermos talvez por las urbanas lacerias, y será en vosotros, a su influjo, el sosiego más dulce y la alegría más clara, más clara que un cantar de primavera a lo largo de los surcos de la siembra.....

Es mi voz así porque mi espíritu ha sabido de la concordia y de la nidad de emociones que, en horas ya pasadas, le ofrendara la naturaleza.

Yo recuerdo el temblor misterioso que un día me sobrecogió en un sendero de la heredad nativa: fué un momento de iluminación que turbó mi espíritu, sellándolo de un raro destello. Luego, con los años, este destello me dió una clarividencia interior, y, cierta vez, con la llegada del dolor, visitante que, como dice el poeta, «nunca falta a la cita», partí solitario al campo; realicé un largo peregrinar durante el cual mi corazón hubo de curarse su dolencia. Los oídos de un mar cercano y los efluvios de una nueva vida, diéronme a saber un tónico mirífico. Y regresé a la urbe, celebrando cosecha de optimismo y gustando, como nunca, el don armonioso de la vida.

Otra vez, viniendo por el viejo camino de una serranía, me sorprendió esta misteriosa sensación: imaginaos el camino un tanto oscurecido por boscajes aledaños, a la caída de una tarde sin brisa y en una abierta soledad. De pronto, de un riachuelo no muy lejano, escondido en la espesura, llegan hasta mí unos golpes sordos, matemáticos y acompasados, como las palpitations de un corazón! Largo tiempo escuché atentamente, y aquel obscuro corazón continuaba inexorable en su palpar. En fuerza de

de oírlo, por virtud de la noche inmediata y del lugar, me poseyó un vago temor, un raro temblor emocional como si estuviera en presencia de una fuerza sobrenatural. Qué pensamientos volaron entonces en mi mente? Qué ancestro se despe rezó en mi espíritu? No sabré decirlo; pero yo intuí un alma oculta entre las frondas, un alma con algo de maligno de asechanza, y continúe mi caminar interrumpido. Ese instante marcó en mí el principio de un conocimiento musical: la voz del alma de las cosas.

Pero donde el campo auspició más intensamente una emoción, fué en una lejana noche de luna, en lo más alto de una montaña. Habíamos salido de la ciudad un grupo de jóvenes, todos tocados de un cálido romanticismo, a vagar fuera de ella, a la campiña, a gozar libremente el don de una luna de verano, bajo un cielo impoluto y mirífico. Era aquella una ronda bohemia y sonora que dejaba el artificio de una noche ciudadana para buscar el deleite de la naturaleza en aquella hora en que los rumores son reclamos misteriosos y los aromas algo así como la inmensa respiración de un reino de quietud y de delicia.

Dispusimos subir una montaña cercana. ¡A qué decir de las maravillosas perspectivas, de las insospechadas impresiones y del diverso empleo de atención que nos dieran aquellos sitios que han quedado fijos, como el sabor de los sueños, en nuestras mentes! A qué hablar en detalle de las mil locuras líricas de nuestras almas desbordantes en aquella noche hermana. Lo primordial es que llegamos a la parte más alta, a una como meseta penumbrosa a trechos, a veces abierta a los maizales y a los pajonales. En aquel lugar, un camino accidentado y obscuro, en

donde experimenté la emoción de que hablo.

Habíamos quedado rezagados de todos los demás, un compañero y yo. Embebidos íbamos en la contemplación del paisaje, cuando oímos pasos detrás. Nos detuvimos, sorprendidos. En la penumbra que proyectaban unos árboles, adivinamos a un hombre. Cuando la luz de la luna le dió de frente, distinguimos bien a un hombre de nuestro campo, un pobre labriego. Acercóse a nosotros y, como le preguntáramos el objeto de su marcha por aquellos sitios solitarios, nos manifestó que venía de un lugar lejano, de cumplir un menester personal. Luego, continuando la marcha en su compañía, en medio de un silencio absoluto nuestro, nos habló así: Yo nunca acostumbro a salir a estas horas de mi casa, desde una vez que me encontré con la sombra de la noche. Imagínense, señores, que allá por mi pueblo lejano iba pasando yo solo, como a las doce de la noche por un camino desierto. No había luna. De pronto oí un ruido bastante fuerte como de tormenta y sentí un viento bien helado. En ese momento apareció en el aire una nube oscura que se iba acercando. Entonces, al paso de la nube, todos los árboles inclinaron sus ramas. La cabeza la sentí enorme y lo demás de mi cuerpo se puso a temblar. Al momento, como pude, me quité el sombrero, me acosté boca a bajo y lo puse en la llave de los pies. No recuerdo lo demás. Creo que perdí el conocimiento. Lo cierto es que cuando volví en mí, estaba en mi pueblo, en mi propia casa, con grandes calenturas.

Aquellas palabras simples del labriego, dichas con cierto aire de

misterio en aquel silencio inquietante y en el propicio temblor de nuestras almas, en aquel momento nos emocionaron sobremanera despertándonos esos resabios de fatalismo y de temor que van larvados en nosotros desde el tiempo en que floreciera en el tronco secular, como un lívido cultivo, el fanatismo y la superstición y que en días lejanos poblaron de brujas, de duendes y fantasmas la espesura de las selvas, el silencio del camino y el reposo de los viejos caserones. Mas nosotros, bien sea por inmediato razonamiento o por grato romanticismo, pronto desechamos la partícula que pudo haber habido de callado temor y, tornan-do al entusiasmo de antes, encontramos en aquel sencillo relato una ingenua y al mismo tiempo alta poesía, poesía de ese género que ha dado vida a las leyendas y tradiciones de todos los países.

Fue menester, pues, que aquel goce estético que experimentáramos, (para que halla sido en toda su bella realidad), fuera el campo quien contribuyera a enmarcarlo y darle así vida más intensa, a grado tal que, no obstante el transcurso del tiempo, aquella escena aún está fresca en nosotros y conserva todavía intacto, su tesoro emotivo.

Bien quisiera hablaros de muchas más bellas contemplaciones estéticas y emociones vividas a plenitud en la campiña y que pusieron en el espíritu las mayúsculas de mi sencillo antifonario lírico, así como de toda la vida que desarrollé paralelamente al paisaje y al maravilloso signo que perdura en cada cosa, pero he de conformarme con lo poco que en este libro he logrado encerrar.

PARA LA HISTORIA LITERARIA
POETISAS SALVADOREÑAS

ANA DOLORES ARIAS (ESMERALDA) (1)

Quién es Esmeralda? Es el pseudónimo de Ana Dolores Arias; una poetisa salvadoreña, en quien la sensibilidad más delicada se traducía en acciones nobles y bellas, no menos que en versos suavísimos, tristes, sentidos. Contaba seis lustros. Aunque ella era pobre, su educación intelectual era casi completa. Instruía á la juventud y á la niñez. Vivía cerca de las riberas del Ilopango, lago de nombrefeo, pero uno de los mejores paisajes centroamericanos. Su retrato más exacto lo hizo ella misma cuando dijo que era.

Una sensitiva endeble
cerca de un lago nacida.

Parecía, efectivamente, que Esmeralda había realizado aquella máxima de Víctor Hugo: «si eres piedra, sé diamante; si eres planta, sé sensitiva; si eres hombre, sé amor.» Era su alma cristalina, diáfana, clarísima, como el carbón puro de Golconda que refracta luz. Era sensitiva, como la púdica mimosa que pliega sus hojas al menor choque, al paso de una nube, á la repercusión de un ruido, ó las cierra cuando viene la noche, para abrirlas de nuevo al asomar el alba. Era toda amor, como soñaba el gran poeta los corazones verdaderamente humanitarios.

Por eso aquella alma buena se exhalaba en quejas tan dulces como estas:

Mis ilusiones primeras
fueron purísimas flores
de unas mágicas praderas
que las tempestades fieras
no turban con sus rigores.

Fueron brisas perfumadas,
de melódicos rumores;
fueron ninfas encantadas
en alcázares de flores
y del sol enamoradas.

Fueron del blando arroyuelo
el murmullo misterioso,
Hadas que emprenden el vuelo
y un suspiro lastimoso
nos envían desde el cielo.

Rápidas exhalaciones,
sonidos que se extinguieron
en las etéreas regiones
Ay! eso tan sólo fueron
mis primeras ilusiones!

Pobre Esmeralda! En el drama de la vida, era algo como Ofelia en el drama del poeta inglés. Sufrió porque era buena y compartía el dolor con cuantos padecían; era como dice Bécquer,

Como la brisa que la sangre orea,
sobre el revuelto campo de batalla,
cargada de perfumes y armonía..

Ella había amado como puede amar un lirio. Había tenido la suerte de que la comprendiera otro poeta, como ella joven, y como ella amante de lo bello. Hay en esos amores un idilio que termina con un drama. ¡Quién fuera poeta para cantarlos! Es asunto para un poema esa historia que sabemos cuantos les queríamos a ambos. El decía respecto de ella:

Sus labios para mi vertieron mieles,
y hermanos en el arte y en la Patria,
juntos cantamos, y sintiendo juntos,
la misma nota estremeció las arpas.

La ausencia se interpuso entre ambos: él hubo de trasladarse a Guatemala para hacer una carrera científica; ella le aguardaba; pero el poeta enfermó aquí, y se le condujo á un lazareto de variolosos cuando la epidemia dieztaba á la

(1)— Artículo publicado en «El Día», diario fundado en Guatemala por Federico Proaño en 1888.—Nota de la Dirección.

población. Una mañana de septiembre de 1885, le encontraron muerto junto á la puerta del lazareto: el águila agonizante había pugnado por escaparse, pero la vida habíale faltado. ¡Qué cuadro para un pincel, qué situación para una lira! El golpe se completa al recibir ella el telegrama de la muerte del bardo, mientras se hallaba en un baile campestre con las amigas de su infancia.....

Quizás la cantora presentía tan rudo desenlace: al hablar de estas sus compañeras de su niñez, á quienes amaba extrañablemente, les hacía esta confidencia:

Quando en las tardes
el sol declina
hacia el ocaso
para morir.

También mi frente
mustia se inclina;
que acaso mi alma
debe sufrir!

Pero ya no ha de padecer nuevos dolores. Ya está su corazón bajo la piedra tumular. Si el mío albergara esperanzas tan consoladoras como las que Esmeralda tuvo en

vida, yo le consagrara como elegía estos lindos versos de la composición que ella dedicó á la muerte de una de sus amigas:

Yo no vi de tus púdicos ojos
para siempre extinguirse la luz,
ni en la tumba do están tus despojos
he podido poner una cruz.

Tu sepulcro, llorando quisiera
de inmortales y rosas regar,
y que un ángel del cielo viniera
ese asilo de paz a cuidar.

Mas el cielo mis férvidas preces
desde lejos elevo por tí,
y gimiendo, recuerdo las veces
que te he oído cantar junto á mí! (2)

Yo abrigo y acaricio en mi corazón recuerdos y deseos como estos, pero no ya las creencias que Esmeralda guardaba en el suyo, como la tuberosa su fragancia. Como amigo y admirador de ella, he debido deplorar su temprana muerte, por lo cual está de luto la musa centroamericana.

JOAQUIN MENDEZ

(2)—Léanse sus versos en la *Guirnalda Salvadoreña*, especialmente los intitulados «Mis tristezas». —Deja también mucho inédito.—(N. del autor).

HOMBRE INAPASIONABLE, PRENDA DE LA MAYOR ALTEZA DE ANIMO; su misma superioridad le redime de la sujeción a peregrinas vulgares impresiones. No hay mayor señorío que el de sí mismo, de sus afectos que llega a ser triunfo del albedrío; y cuando es pasión ocupare la personal, no se atreva al oficio, y menos cuando fuere más: culto modo de ahorrar disgustos, y aún de atajar para la reputación.

LITERATURA SALVADOREÑA

CECILIO LOPEZ

Por MIGUEL ANGEL RAMIREZ.

También esto pasó en mi tierra. Ahí, en el cantón Primavera, donde tantas cosas hermosas han sucedido. Ahí, en ese cantón, arribó al mundo un día domingo, Cecilio López, en quien, desde el primer momento, pusieron sus esperanzas sus padres. Jamás hijo alguno fué mimado en sus primeros días como él lo fué. Fué creciendo entre los ganados, entre las milpas enormes, entre las breñas, en compañía de su padre en la primera infancia, y solo y a caballo cuando estaba ya crecido. Era arrogante. Los peones de la finca lo agasajaban, porque, así pequeño como estaba, era bastante hábil en todo, en tirar con escopeta, en lazar ganado, montar a caballo y en otros ejercicios de agilidad, valentía y fuerza.

—El niño va ser tramado,—decían los peones cuando Cecilio ejecutaba alguna diablura. Y el chico y sus padres no ocultaban su regocijo al escuchar tal alabanza.

El patojo Juan le fué enseñando a Cecilio a tocar la guitarra, en cuyo arte dió pronto muestras de una rara habilidad. El choco Federico, que nunca salía de los barrancos donde tenía su sacadera, le enseñó a tomar los primeros tragos. A jugar a los dados le enseñaron todos los peones. La malicia se la enseñaron las mujeres de la finca. Total: Cecilio era a los catorce años todo un hombre, versado en las artes de pelear con machete, de tirar con escopeta, de montar a caballo, de echar siempre carne con los dados, de beber los guaros más infernales, de cantar acompañándose con la guitarra las más bellas canciones, de en-

morar a las muchachas y de no estar nunca en casa siempre que le necesitaban para algo útil.

Mientras tanto, su fama de hombre de pelo en pecho se extendía rápidamente por los campos, de vivienda en vivienda, de persona en persona. Primero fué en la finca, luego traspasó la llanura y llegó hasta el Quezaltepec, donde los indios de «Las Granadillas», oyeron por primera vez un relato fantástico de las hazañas de Cecilio López. El, en su finca, a caballo en mitad del potrero enzacatado y rodeado de sus mozos, mientras delante de sus ojos abiertos a pleno sol rebrillaba a lo lejos la línea del horizonte, había sentido, más de una vez, extraños impulsos, algo como la voz de alerta de la sangre, un vago presentimiento que enroscándose en el alma como un sutil constrictor, le hacía exclamar, ante la estupefacción de todos:

—Jummm.....Cuando me muera, ese volcán va reventar! Y afianzándose en los estribos sobre su caballo, con las narices dilatadas como bestia en celo, señalaba con la diestra tendida, las azules y lejanas ancas del Quezaltepec, cuya fiereza acarician las nubes.

—Jummm.....Cuando me muera, ese volcán va reventar!

Entre la peonada la especie circulaba con misterio. En cualquier parte que dos se juntaban, por lo menos una parte de la conversación era:

—Dice que cuando él se muera, el volcán va reventar.

—Tendrá pacto con el diablo?

Una noche Cecilio riñó con su

padre, y aquél decidió abandonar el hogar al no más rayar el día.

Y así fué. Los peones que siempre madrugaban vieron salir por la puerta de trancas a un airoso jinete.

—Es don Chilo—, se dijeron, y no le dieron importancia al asunto.

Los indios de «Las Granadillas», hacían interesantes sus veladas refiriendo cada uno un episodio distinto, del cual, aseguraban, era protagonista el mismito Cecilio López, a quien no conocían. Ninguno de ellos creía una sola palabra de lo que los otros relataban, pero, en cambio, estaba seguro de la verdad del que refería.

—Vaya.....Asigún pintás vos a Chilo, ni el diablo

Y una tarde, después de una furiosa tormenta y ante la expectación de todos, llegó a «Las Granadillas», un jinete lleno de fango hasta el sombrero, el que no paró hasta encontrarse frente a la casa del administrador, donde echó pie a tierra y penetró resueltamente.

—Quién será?—fué la pregunta que todos se formularon mentalmente, pero que nadie llegó a expresar, reduciéndose a mirarse unos a otros, significativamente. De adentro salía el murmullo del diálogo entre el recién llegado y el administrador. Los peones aguzaban el oído, pero no oían sino el final de algunas palabras, y eso de cuando en cuando. Pero nosotros si oiremos lo esencial del diálogo:

—Soy Cecilio López.

—Sí, te conozco. Qué hacés por aquí?

—Ayer me peljé con mi tata y quiero que me des trabajo.

—Y qué sabes hacer?

—Nada. Pero si querés, domaré cabayos.

—Pero, sabés domar cabayos?

—No. Pero los domaré. Podés estar seguro.

—Bueno. Todos los cabayos que tenemos son mansos. No hay chúcaros.

Entonces, me voy.

—Esperate. No podés hacer otro oficio?

—Hombré, de patrón, si querés, me puedo quedar.....

—Eso quisieras! Pero como tu tata fué bueno conmigo, te daré trabajo. Quedate, vas amansar a la petenera.....Es muy mansita, pero tendrás como pasar el tiempo y ganar la comida.....

Así fué como conocieron a Cecilio López, en «Las Granadillas».

Y ahí fué donde él conoció a la Susana.

Tres meses de idilio.

Las informaciones.

Y después el matrimonio.

Cinco pleitos tenía en su haber Cecilio, cuando decidió sentar la cabeza. Todo lo olvidó menos el alcohol, la guitarra y el tabaco, porque, como todos lo decían con sinceridad, era un tipo muy arrecho. De cuando en cuando se le colaba hasta lo fundamental del cerebro la clara luz de las estrellas. Era cuando componía sus canciones. Porque cantaba y sabía cantar. Los bordoneados de su guitarra eran famosos. Hasta tenía aprendices. Pero la Susana le salió muy discutidora y demasiado intransigente.

—Esta bandida es muy garañona—, se decía mentalmente López, sin atreverse, por otra parte, a contrariar a su mujer.

—Me ha domado—, se decía a continuación; pero estaba conforme, y todo cuanto hacía o decía la Susana estaba muy bien hecho y muy bien pensado. Eso sí: celoso como pocos:

—El día que me andés con sinvergüenzadas—, le había dicho—, te encaramo el corvo.

Pero la Susana era más lista de

lo que parecía, y se burlaba de él, sin que lo notara:

—Éjél Y quiay deso de que cuando te murás va reventar el cerro?

—Ja! Cuando me muera, ese volcán va reventar!—y señalaba con la diestra tendida, las azules y lejanas ancas del Quezaltepec, cuya fiereza acarician las nubes.

Se llegó el jueves de Corpus. Era el 7 de junio de 1917. La mañana había amanecido linda, fresca. El azul celeste que coronaba la vieja mole del Quezaltepec resplandecía luminoso. Dormitaba bajo él la montaña y los hombres que vivían sobre sus lomos, se movían ya, vistiendo sus limpias mudadas de fiesta. La Susana había amanecido contenta: Desde el día anterior había alistado los micos que regalaría primero, a su hombre, a Cecilio, y luego, a los amigos. Frente a su rancho, que había llegado a ser uno de los principales porque Cecilio trabajaba de sol a sol y ganaba el doble, se iban reuniendo los allegados. Eran los que habían sido invitados «para pasar un rato alegre». Llegaron a reunirse todos, pero el jefe de la familia no aparecía. Por fin llegaron todos a impacientarse:

—Y Cecilio?

—Onde está Cecilio?

—Qué síá hecho Cecilio?

—Está durmiendo,—contestaba a todos la Susana.

—Pue sa levantarlo.

Y los primeros que penetraron al rancho y movieron el cuerpo de Cecilio, dieron un grito de espanto:

—Está muerto!

Y la que empezó por fiesta terminó en duelo.

La Susana, derramando lágrimas, vistió el cadáver de su hombre. Se procedió a tenderlo a medio rancho, en su pesada cama de espaldas. Se le pusieron las velas y entre

las manos se le colocó una tosca cruz de hojalata. La Susana fué acosada a preguntas y comentarios:

—Pero qué tenía Chilo?

—Niña, abís dormido con un muerto!

—No oyiste si Chilo se quejaba anoche?

—Si se murió temprano abís dormido con un muerto!

Y preparando el entierro se pasó el día. Todos los habitantes de «Las Granadillas», desde el Administrador para abajo, se alistaban para asistir a la vela. El llanto de la Susana, repetido por el eco escondido en los barrancos de la altura, se oía de tiempo en tiempo. La noche estaba ya bastante teñida cuando la tierra fué conmovida por fuerte sacudimiento. Era el Quezaltepec que se desperezaba de su sueño de siglos. Tras breves intervalos, los sacudimientos continuaron ya sin interrupción. Y tras uno fuerte y largo, el viejo volcán abrió una de sus fauces, para dar salida al fuego que incendiaba sus entrañas. Fué una explosión tremenda que en la noche rebrilló con todos los colores del iris. Piedras encendidas empezaron a llover. Las personas y las bestias huyeron locas de terror. La montaña estaba claramente iluminada y un calor de infierno lo consumía todo. En el velorio de Cecilio no quedaba nadie. Sólo la Susana, abrazada al inanimado cuerpo de su hombre, parecía no darse cuenta de nada. El Quezaltepec era un solo trueno. Torrentes de fuego rodaban por sus ancas Suroeste. Un ser humano no quedaba en las cercanías. Sólo la Susana, abrazada al inanimado cuerpo de su hombre, parecía suplicarle, con todas las fuerzas de su alma, que se levantara y que, tomándola en sus brazos, la sacara de ahí, para ser felices

más allá.....El Quezaltepec, era un solo trueno.....

Jummm.....¡Cuando me muera ese volcán va a reventar!

* * *

El compadre Felipe y el tío Andrés se encontraron cinco años más tarde, por una rara coincidencia, en el sitio donde antes estuvo el rancho de Cecilio. No había más que lava negra, de la que bajó

líquida del cráter y el tiempo enfrió y endureció. El tío Felipe se encontraba rascándose las barbas, silencioso, sintiendo cómo bajo de la camiseta le daba vueltas el corazón. El compadre Felipe sacó de su mutismo un gran comentario:

—Y lo que debe ver sentido morir el hombre, se de Cecilio.....

—Tenemos las patas tan pegadas al suelo, que nos duele tanto la arrancada!

LECTURAS DE LOS CLASICOS.

LAS MORADAS

La prosa de Santa Teresa de Jesús encanta y subyuga por su llaneza, ausente de los afeites literarios. Fray Luis de León al revisar sus obras escribía: "En la forma del decir, y en la pureza y facilidad de estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafiada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellas se iguale". A continuación insertamos un pequeño trabajo de tan distinguida escritora.

La humildad siempre labra, como la abeja en la colmena la miel... Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores, así el alma en el propio conocimiento; créame y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí mesma y más libre de las sabandijas, adonde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento, que aunque, como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite esto, tanto es lo de más como lo de menos, suelen decir. Y créanme, que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud, que muy atadas a nuestra tierra. No sé si queda dado bien a entender; porque es cosa tan importante este conocer, que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y así torno a decir, que

es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento adonde se trata de esto, que volar a los demás, porque este es el camino; y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? más que busque cómo aprovechar más en esto. Y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios: mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes. Hay dos ganancias de esto: la primera está claro, que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca; la segunda es, porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien, tratando a vueltas de sí con Dios; y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente".

NOTA SOBRE UNA OBRA MONUMENTAL ⁽¹⁾

Por FORTINO H. VERA.

En más de una ocasión hemos dicho la finalidad que perseguimos en las páginas de este Boletín. Queremos que el público lector se de cuenta exacta de los tesoros que la Biblioteca Nacional guarda en sus anaqueles. Y frente a estos propósitos, insertamos ahora el presente trabajo, relativo a una obra monumental mexicana, titulada «Biblioteca Hispano Americana Setentrional», por el Dr. José Mariano Beristain y Souza, eminente bibliógrafo del siglo pasado. (L. D.)

Entre las obras que deben reimprimirse tales cuales salieron de las manos de su autor, ocupa un lugar prominente la BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA-SETENTRIONAL, escrita por el eminente bibliógrafo Dr. D. José Mariano Beristain y Souza, vigésimo octavo dean de la Santa Iglesia Metropolitana de México, quien habiendo fallecido el 23 de marzo de 1817, solo imprimió 184 páginas del tomo primero; debiéndose la continuación de la edición á la solicitud del Sr. D. Rafael Enriquez Trespalacios Beristain, sobrino del autor.

Sin un libro tal, acaso habrían quedado veladas para siempre multitud de lumbreras como han brillado en el magestuoso templo de nuestra literatura; verdaderas notabilidades americanas que rivalizaron con eminencias europeas, y nuestra universidad patria aun no se viera engalanada con la gloria de haber dado selecto contingente de magisterio á los ateneos y academias de la antigua metrópoli.

Unico expediente de nuestra genealogía literaria, la más ligera variación sustancial en el texto heriría su respetabilísima autoridad. A ello se oponen propios y extraños, unos y otros buscan nuestra BIBLIOTECA tal cual salió de la erudita pluma que tan alto honor dió á la patria.

Aun las notas y adiciones deben formar otro libro, el cual comprenda tantos datos que infieles cola-

boradores rehuzaron buscar; tantas noticias que hay en los archivos, á que por indiscretos escrúpulos se impidió la entrada, y multitud de documentos que existen arrumbados y extraviados por do quiera. La compilación de todo esto, si bien ofreciera un complemento al Beristain, su agregación indiscreta, tal vez pondría en peligro la autenticidad estimable de la obra.

Para verificar dignamente esta anotación, fuerza sería realizar un pensamiento que el mismo Beristain, juzgando incompleto su libro, expone en el prólogo de éste; hablo de la formación y diligencia de una Sociedad competente que tuviera la especial y augusta misión de coleccionar documentos irrefragables para ratificar esta parte de nuestra historia.

Efectivamente, despues de mil vicisitudes por que han atravesado nuestros libros y documentos, y cuando se tienen por indecible hallazgo algunas cuantas hojas que atestiguan la existencia de algun libro raro, es tan indispensable aquella Sociedad, que sin ella el complemento de nuestra Biblioteca saldria trunco y plagado de inesactitudes. Basta para convencerse de ello el considerar cuántas personas se emplearian en registrar no sólo nuestras librerías públicas y particulares, sino las del extranjero; así como los numerosos archivos,

(1)—La ortografía es fiel a la del original.

entre los cuales es de notarse el de Simancas, donde están reservados los más preciosos documentos de nuestra historia: cuántas manos se necesitaran para recoger todas las páginas que se encuentran esparcidas por todas partes, entre todas las clases sociales, hasta en el último cortijo, donde en humilde choza está próximo á perderse para siempre un deshojado libro, que en vano han buscado nuestros mejores anticuarios: inmenso trabajo, por cierto, grandes sacrificios pecuniarios, dilatado tiempo; pero trabajos, sacrificios y tiempo pródigamente pagados con el honor, la enseñanza y el ejemplo de estudio, ciencia y virtud que resulta a los pósteros.

Quizá no esté distante el día en que nuestros historiadores, estrechamente unidos por los vínculos del engrandecimiento nacional, inauguren aquella Sociedad. Entre tanto, no he vacilado en poner en juego los gastados tipos de la desmantelada imprenta que aquí he fundado, para hacer la presente edición.

En ella habrá incorreccion, no satisfará ciertamente el gusto de la época, aun el material empleado no corresponderá á la obra; pero en medio de todo esto encontrará el ilustrado lector una completa exactitud en el texto. Libros como el

Beristain, que no deben caer de las manos de nuestros literatos, conservarán siempre su mérito, ya aparezcan en humilde folleto, ya en ediciones de gran lujo.

Espero por lo demás que sea en gracia de mi humilde publicacion, que plazca á los ilustrados lectores la feliz coincidencia de haberse reproducido este libro, monumento y arca de nuestra pasada opulencia literaria, en la patria de la más gloriosa de las mugeres de América, el Fénix de las Indias, SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

Al concluir esta publicacion, me honro mucho en dar el más solemne testimonio de mi profunda gratitud, haciendo constar aquí que el ejemplar que ha servido para aquella, es el mismo con que tuvo la benevolencia de enriquecer mi pequeña librería mi excelente amigo, el benemérito bibliógrafo D. José María de Agreda y Sánchez, cuyo respetable nombre ocupará lugar honorífico en este género de publicaciones.

Ojalá que la presente, en que me ha cabido lo suma satisfaccion de reproducir nuestra *Historia eclesiástica* que con tanta erudicion trazó en su libro el inmortal Beristain, sirva para hacer resaltar más y más, cuánto debe la patria á la *Iglesia Mexicana*.

FRANCISCO LOPEZ CETINA. Poeta, natural de la ciudad de Murcia, de cuya Casa-Ayuntamiento fué Regidor perpetuo, o, como él mismo se titula, «Caballero Capitular», en el tiempo en que también lo fueron varios literatos murcianos, como Sandoval y Lisón, Roda Fajardo, Rueda Marin y otros de que en lugar oportuno haremos mención.

EDAD HISTORICA DEL CASTELLANO

Por AL^o REDO PEREZ GUERRERO.

Tomado del libro «La Lengua Castellana».

Hacia el siglo X se definen en la Península tres lenguas romances o neolatinas, que son: el catalán, el castellano y el gallego portugués. Cada una contiene caracteres específicos distintos, no obstante el común origen; cada una posee vitalidad bastante de duración y perfeccionamiento: nadie habría podido predecir cuál iba a ser la predilecta de la Fortuna. El castellano, acunado en las llanuras áridas de Castilla, consigue a la postre más amplia difusión y valor, gracias a la hegemonía del Reino de Castilla sobre los otros estados españoles. Lentamente se extiende con el poder político, absorbe los dialectos leonés y navarro-aragonés hablados en los reinos vecinos, y luego de imponerse en casi toda España, se difunde por América y por el mundo. De las demás hablas de la Península, sólo el catalán y el portugués y, en parte, el vascuence tuvieron suficiente estructura lingüística para no sucumbir en el oleaje impetuoso del castellano.

En los siglos XII y XIII aparecen los primeros documentos escritos en lengua romances: los Fueros de Avilés y Oviedo en leonés, el Cantar de Mio Cid (1140) en castellano. Fernando III y Alfonso X, llamado el Rey Sabio, imponen el uso del castellano como lengua oficial; el segundo compone las Siete Partidas y las Cántigas; y, en adelante, leyes, fueros, ordenanzas, obras de sabiduría y de imaginación, poemas y cantares, se redactan en la lengua nueva, de gramática imprecisa, pero de pujanza conquistadora y viril. El latín se refugia en archivos y conventos y pasa a ser patrimonio de sacerdo-

tes y eruditos. En el siglo XIII el uso del castellano debió ser universal, tanto entre el vulgo como entre los doctos: se había pulido y enriquecido lo bastante para dejar de ser lengua vulgar, censurada y desdeñada antaño por gentes de buen decir que preferían el latín: la humilde Cenicienta habíase tornado en princesa soberana.

A partir del siglo XIII el castellano crece y se perfecciona sin interrupción. Deja de ser lengua bárbara y libérrima para someterse a la disciplina de la literatura y del buen gusto. La materia prima, el mármol de los vocablos, fué extraído por el pueblo del venero latino; más los legisladores, reyes, poetas, prosistas, pulieron las asperezas informes de ese mármol y modelaron el severo y magno monumento del idioma nuestro.

A fines del siglo XV, Antonio de Nebrija publica la primera Gramática Castellana, dedicada a la Reyna Isabel la Católica—la donante de las carabelas colombinas—; expresa que el objeto de su obra es «reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano que hasta nuestra edad anduvo suelto y fuera de regla», y que de la utilidad de tal idioma y de su estudio no puede dudarse, porque «siempre la lengua fué compañera del imperio; y de tal manera lo siguió que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fué la caída de entrambos». Es valiosa esa Gramática por su originalidad, por la sabiduría del autor, por la fe profunda en el vigor y lozanía de la lengua castellana «que está tanto en la cumbre, que más se pue-

de temer el descendimiento de ella, que esperar la subida».

Hubo una predestinación de grandeza para el castellano: todo se aúna y concierta para su mejoramiento y dominio. En el siglo XVI España adquiere un poderío militar y político sin precedentes, merced a la conquista del Nuevo Mundo; y con el apogeo político va paralelo el mejoramiento de la lengua. Es el Siglo de Oro: de oro por la gloria, por el heroísmo y por la belleza de las obras literarias. Los Luises de León y Granada, Juan de la Cruz, Santa Teresa, etc., dicen su misticismo en páginas de dulzura, de fervor y de armonía insuperables. Nunca el amor a la divinidad se ha expresado en lenguaje más rotundo y solemne que en los libros de los místicos de ese siglo. A éste pertenece también el Quijote de Cervantes «biblia de la humanidad», dechado de estilo y de ideal.

Largo sería seguir la victoriosa marcha del idioma a través de la literatura y de la ciencia. Ni aun citar los nombres de los maestros y artífices del mismo es posible, dada la brevedad de estas lecciones. En España y en América son innumerables los ingenios que han usado excelsamente del lenguaje de Castilla. Recordemos sólo, en América, a Montalvo y Rodó, ecuatoriano el primero, uruguayo el segundo, ambos inimitables prosadores, honra de su Patria y del Continente. Y con ellos, al lingüista venezolano Andrés Bello, cuya Gramática no ha sido igualada ni menos superada; y a Cuervo, Sarmiento, Darío, Silva, Palma, etc., que han rejuvenecido, purificado y hermoseado, ora en el verso, ora en la novela, ora en la investigación filológica, el habla española. América ha acrecentado la rica he-

rencia que le legara la Madre Patria.

Tal es, someramente, narrada la historia de nuestro idioma. Los hombres de quince siglos han elaborado su arquitectura inmensa: el pueblo hundió en la entraña de los tiempos el cimiento incommovible; los escritores, pensadores, maestros, artistas, elevaron y delinearón, organizaron y esculpieron el alcázar soberbio, albergue del espíritu de nuestra Raza.

Analicemos ya los componentes de esta prodigiosa síntesis que hemos visto crecer nutriéndose de tan diversos jugos y disciplinando a su albedrío tan opuestas energías. El alma mater, el eje de la cristalización milenaria de la lengua, ha sido el latín. Los porcentajes mínimos asignan el sesenta por ciento de palabras españolas al origen latino. Y las voces no latinas sufren, a lo menos, el influjo del sermo vulgaris: son pulidas, modeladas a la usanza latina. Pueden proceder de la Arabia o de la América; pero son acuñadas en el molde fuerte, inrompible, que hicieron los hombres de los siglos V al X, valiéndose del metal de la lengua romana. De allí que, no hace mucho tiempo, se dijera que quien no sabe latín es incapaz de emplear con propiedad y pureza el castellano.

Después del latín, los idiomas que más valor tienen en la formación del nuestro, son el griego y el árabe. Tratemos en esta lección del influjo griego, dejando para la siguiente el estudio del contingente árabe y de otras lenguas. El afluente griego es abundante y rico: un veinte por ciento de vocablos castellanos procede de ese idioma. Llega en diversas épocas. Ya mil cuatrocientos años antes de Jesús, los griegos fundaron colonias en España: de esa época proceden, por ejemplo, las palabras barrio, abra-

sar, chimenea, cara, fantasía, mozo, plancha, tío, trébedes, etc. Otras innumerables nos vinieron por intermedio del latín, ya que, es sabido, Grecia influyó en grado máximo sobre Roma, cuando fué conquistada militarmente por ésta. Por esta guisa y conducto llegan al español,

ángulo, átomo, crítica, diácono, idea, sílaba, sarcasmo, etc. Y por último, modernamente, el griego es la cantera a que acudimos sin cesar para dar denominaciones a los descubrimientos de las ciencias y de la técnica, según lo veremos ampliamente en otro volumen de la obra.

SFLECCION MEXICANA

ELOGIO DEL IDIOMA

Por ALEJANDRO QUIJANO

El lenguaje es el dón más preciado que los dioses pusieron a la disposición de los hombres, dice Fumagalli. Con él, el hombre establece constantemente, momento a momento, la diferencia con el bruto. Gracias a él la comunicación, la relación entre los pueblos ha sido fuente civilizadora. Merced a él se ha tenido, en todos los tiempos y en todas las naciones, un instrumento de arte con qué elevar el espíritu, ya que, tosco primitivamente, vino siendo luego, bajo la inspiración de algunos privilegiados, arcilla que, obediente y dúctil, se ha convertido, ayer y hoy, aquí y allá, en la manifestación artística más alta.

Diseminados, sobre la haz del planeta, las razas y los pueblos, sus hablas han sido, y son, múltiples y distintas; pero dos o tres ramas imperan, indiscutiblemente, sobre el mundo civilizado. De una de esas ramas, salida del admirable tronco romano, es parte nuestro idioma español. Nuestro idioma español, que es, sin discusión, una de las más bellas lenguas latinas. Juan de Valdés, cuyo «Diálogo de la Lengua» no pier-

de, a pesar del discurso de los siglos, su tibieza de actualidad, su fácil y elástica juventud, al parangonarlo con otras lenguas del mismo tronco, y mostrando a sus interlocutores la excelsitud de su idioma, nos da apoyo para tal aserto; como nos lo dan otros claros ingenios, tales como Malon de Chalde, que dice que «no hay lenguaje ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave, regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos»; como el «divino» Fernando de Herrera, que, hablando de ella, de nuestra lengua, escribe: «la cual hallo tan grande, y liena y capaz de todo ornamento, que compelido de su majestad y espíritu vengo a afirmar que ninguna de las vulgares la ecede, y muy pocas pueden pedille igualdad»; como don Alonso de Fonseca, que dice que «en pocas palabras sabe comprehender tantas diferencias de donaires, tan sabrosos motes, tantas delicias, tantas flores, tan agradables demandas y respuestas, tan sabias locuras, tan locas veras, que son para

dar alegría al más triste hombre del mundo»; como el propio Rey don Felipe IV, que, dando sus parabienes al Papa Alejandro VII, y haciéndolo, contra toda costumbre, en castellano, concluye su letra gratulatoria con la declaración siguiente: «La hubiera escrito en lengua latina, si en medio de ser la española su hija, no excediese aun a la misma madre en la gravedad de su carácter, posesión de sus lacónicas frases, majestad de sus palabras, y en lo peregrino de sus exquisitos y vivaces conceptos»; como, por fin, y para no hacer muy largo este cortejo de citas, Meléndez Valdés, que la disputaba de ser «acaso la primera de las vivas, o la que reúne al menos más número de dotes para competir con las clásicas, por lo copiosa, clara, dulce, sonora, llena de energía y magestad».

Y es cierto. Porque, limitándonos a los idiomas provenientes del Lacio, ninguno, ni el francés, ni el italiano mismo—derivación la más directa y próxima del latín—, ni el portugués—«español sin huesos», dijo Cervantes—, ni el rumano, ninguno, digo, llegó a conformar mejor, a armonizar más su textura morfológica con su fonología. Y ello, operando dentro de la maravillosa riqueza de su vocabulario, y de su innegable «musicalidad», de su eufonía, lo constituye en la más acabada y bella de las hablas que tuvieron como raíz la lengua virgiliana....

*

Sin querer, es claro, presentar en estos minutos en que discurriré ante vosotros ni siquiera un apunte sinóptico sobre la formación de nuestro idioma, lo que muchos han hecho en obras meritísimas, habré sólo de recordar cómo, a un lado

de la contribución latina, la más copiosa y recia, el lenguaje castellano contó con aportaciones varias, de positivo valer. De las hablas de los iberos aborígenes, de los vascos autóctonos, de los celtas primitivos, de los comerciantes fenicios, de los colonizadores griegos, de los dominadores romanos, de los invasores visigodos, de los conquistadores árabes, de todas estas lenguas, y contribuyendo a ello en proporciones desiguales, como corresponde a la desigual hegemonía política o influencia de cultura que los pueblos que las hablaron ejercieron en la península, se formó, por los siglos IX y X, una «jerigonza» que, limándose poco a poco, como en estos fenómenos lingüísticos sucede, fué ya en el siglo XI un verdadero idioma, y aparece en el XII en una forma que, si aún tosca, tiene ya prestigios literarios.

Así, como verdadera manifestación de arte, lo encontramos en el primer monumento de las letras españolas, en el grandioso «Poema de Myo Cid,» cantar de gesta escrito al mediar el siglo XII, y el cual dice, en versos todavía informes en muchas partes, pero en muchas bellos y sugerentes, las enormes proezas, las aventuras impares de aquel Ruy Díaz que la leyenda española guarda como uno de sus más puros tesoros....

De entonces acá, en siete siglos de marcha, puliéndose asperezas, suavizándose filos broncos, entonándose ciertas ríspidas locuciones primeras, enriqueciéndose el caudal de voces, el español se ha constituido en plástica materia para la obra literaria, para la suprema manifestación artística. De entonces acá, es decir, de Gonzalo de Berceo y del Arcipreste de Hita, hasta Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, una lengua, maravillosa teo-

ría de prosadores y poetas ha ennoblecido aquel idioma primitivo, que parecía un poco de hierro por su reciedumbre. Y hoy, en plena madurez, jugosa y sávida, es magnífico instrumento de belleza, de verdad, de cultura. .

De la gracia, del primer ingenio de aquellos cantos balbucientes en que el «preste» de San Millán de la Cogolla loa, en la cuaderña vía, a la Virgen Gloriosa, a Santo Domingo de Silos, a San Millán, a Santa Oria; de las «Cántigas de Santa María», del Rey Sabio, escritas en un suave galaico; de la obra, donosa y clara, del Infante don Juan Manuel, llegamos, todavía en esa época primera, pero dentro de un ambiente ya más limpio, más formado ya el idioma, más grácil el adjetivo, el verbo menos duro, al excelente Juan Ruiz, el Arcipreste, que tan bellas y donosas cosas habría de dejarnos.

Luego la corriente, en perenne deslíz, perdiendo turbiezas, acreciendo su caudal, va dejando los ribazos fragantes de su huella. El aire se hace cristalino cuando el Judío don Sem Tob vierte su resignada filosofía en los proverbios inolvidables:

«Quando es seca la rrosa
que ya su sason sale,
queda el agua olorosa
rosada que más vale.»

Y este otro:

«El viento menúsó
el árbol muy granado,
y non se espelúsó
la chica yerva del prado.»

¡La «chica» yerba del prado!
¿Verdad que es extraordinario, por caricioso, por lleno de apañó y de ternura, este adjetivo mínimo y genial?

Viene detrás la corte literaria del mal rey y buen mecenas don Juan

II; la pléyade de trovadores caballeros que en justas y fiestas interminables distraían los horrores resonantes de la guerra con músicas y canciones. Allí el Marqués que lucía en su empresa el mote místico y galante «Dios e vos», halagaba a las damas con el donaire de sus vaquerías y sus decires, con la gracia agreste de sus serranillas. Allí el cordobés Juan de Mena labraba «El Laberinto de Fortuna», recordando sin duda la visión alucinante del florentino; allí el propio don Juan II olvidó alguna vez sus grandes preocupaciones de Estado, para hacer canciones de amor. En aquel mismo siglo, rico en poetas, llora, en fin, Jorge Manrique su treno inmortal, quebrando el hilo de sus melancolías a compás de los sollozos que van haciéndose plegaria.

*

Estamos en el Siglo Mayor. La lengua de Castilla, con ser ya entonces tan perfecta como puede serlo algo humanamente, casi agota su haber en manos de tantos y tantos ilustres escritores y poetas. Todas las facetas del genio de España adquieren casi de súbito simultáneo fulgor. Providencial momento misterioso que alcanzan a veces los pueblos y las almas; momento en que todas sus virtudes conjugadas cuajan en obras definitivas.

Da la primera nota el cantar de alondra de Garcilaso, paladín heroico que se olvida de los fragores de la lucha para entregar a la corriente del «Danubio, río divino,» la querrela amorosa, más que él feliz por fugitiva, de su corazón en destierro.

La inmemorial religiosidad del gran pueblo se enciende en la palabra deslumbradora de Teresa la

grande; en el reclamo dulcísimo del Cántico Espiritual de ese mínimo Juan de la Cruz, que por arcano modo sabía llegar a un «saber no sabiendo, toda ciencia trascendiendo;» en la prosa sabia y estremecida, jadeante y lírica que exaltó el mágico nombre de Jesús por boca del egregio agustino, que sabe también decir, en su Oda a la Música, la virtud fascinante de los números concordés.

Un pobrecillo de la tierra, llagado de pobreza y de adversidad es sin término—he nombrado a Miguel de Cervantes—, da cima al siglo bienafortunado, escribiendo uno de los libros mayores de la humanidad. Por quién sabe qué secreta palingenesia, sus llagas conviértense en rosas; las redomas de amargura que han nutrido su vida, en vasos de fruición deliciosa; su miseria, en venero de llantos dulces y de sonrisas.

Para Cervantes el idioma no tiene arrecifes; navega en él a toda vela; es dueño y señor de sus tesoros todos. Pero ¿necesita acaso el manco glorioso de palabras opacas que intenten ponderar su rareza?

Muerto apenas Cervantes, pululaban en las salas de la Corte ilustres y muy variados ingenios. Junto a Velásquez y Alonso Cano, Quevedo el satírico; el historiador Mariana; el príncipe de la nueva poesía, Góngora, que dió nuevo lustre a los oros de la lírica, amortecidos por el uso dilatado y monótono. Don Luis de Góngora, otro pobrecillo como Cervantes, derramó a manos plenas todas las esencias de su Córdoba natal, en el «vaso santo» de sus versos; lo vistió con las vistosas galas de su ingenio oriental, y le dió amplias sonoridades de caracol marino.

En el teatro, es casi fantástica la conjunción de autores esclareci-

dos. Lope de Vega, Tirso, Moreto, Calderón, nuestro Juan Ruiz, y muchos otros más, suspendían a los públicos, ávidos de su romance policromo, siempre igual y siempre diferente como las geometrías de un calidoscopio.

¿A qué continuar este vano, aunque para mí grato recuerdo, si vosotros todos los que me escucháis podéis hacerlo también o mejor quizás que yo?

Sobre todo, tomemos en cuenta, aparte de la parvedad del tiempo, que, derrumbado aquel siglo magnífico, cuanto viniese después, cuanto vino, hasta hoy, por bueno que haya sido, por grandioso que haya sido, no pudo alcanzar la excelcitud a que se llegó en esa época, en que, conjuntas todas las virtudes del idioma hecho arte, habrían de frutecer en ese magno brote que mi palabra descolorida no ha acertado, sin duda, a traer a vuestra imaginación del modo vivo, cálido, vigoroso que hubiera deseado.

Magníficos, por supuesto, magníficos prosadores y poetas han florecido en la metrópoli del siglo XVII para acá; pero, digo, creo que basta a mi objeto de haber traído a la memoria, dentro de este exiguo elogio al idioma español, las figuras de quienes lo exaltaron a las más claras cimas.

*

Cité antes a Rubén Darío como uno de los jalones próximos a nosotros, nuestro, dicho mejor, dentro del desarrollo de las letras españolas en su carácter de manifestación artística del idioma. Y ello me trae ahora, tras la rapidísima visión que he apuntado de la literatura de España, en su mejor época, a decir dos palabras sobre las letras hispanoamericanas. Letras hispanoamericanas que no han

sido, hasta hace pocos años, sino letras españolas en América, pues los matices, a veces acusados y considerables, con que se manifestó la obra de algunos ingenios de nuestro continente, no pudo desvirtuar nunca el pristino sabor y el color y la luz de la literatura materna.

Así, y refiriéndome al coloniaje, me permitiré recordar, para nuestro país, los nombres de Juan Ruiz de Alarcón, citado ya, y a quien nosotros reivindicamos juzgando que en realidad su gloria, en buena parte cuando menos, es nuestra; a Sor Juana Inés de la Cruz, cuya figura, aquilatada cada día más a través de la crítica, que en estos instantes más que nunca hace de ella centro de dilatados estudios, luce definitivos claros perfiles; de don Carlos de Sigüenza y Góngora, humanista entero, lleno de saber, hondo de inteligencia; de Fray Manuel Navarrete, poeta que con alas de envergadura menor, voló, sin embargo, por altas cumbres.

Y si en la Nueva España lucieron, durante la dominación española, éstas y otras figuras de no poca prestancia, en los otros países de América, colonias también de España, en el Perú, en Chile, en Colombia, en todas partes se manifestó asimismo la fuerza de las letras españolas en criollos americanos. La figura de Garcilaso, el Inca; las de Juan del Valle Caviedes, de Pedro de Peralta Barnuevo, de José de Olavide, de Castellanos—el Homero de Colombia—, de Labardén, de Martínez y Vela, de otros, prosistas o poetas, ya en las riberas del Plata o del Magdalena, ya bajo la sombra de las egregias montañas chilenas, ya cabe los muros de la espléndida Lima colonial, por todas partes, digo, hacían muestra de su inteligencia, de su cultura, de su estro.

*

De la independencia para acá, el romanticismo poético europeo floreció, profuso y unánime, en nuestra América. Se puede decir que la historia de las letras americanas es la historia de sus poetas, porque si bien no han escaseado prosistas, ensayistas y pensadores de talla—desde don Andrés Bello hasta Zaldumbide y Armando Donoso, pasando por Montalvo, por don Justo Sierra, por Rodó, «el confesor de la santa esperanza», de quien alguien dijera que era el hombre que hablaba el español más perfecto en el mundo—, sólo sus poetas mayores han hecho propiamente escuela.

Por más de veinte años se sintió viva la influencia de Darío en todo el mundo de habla española; por más de tres lustros se imitaron los metros serpentinos de Chocano. La lírica de esta América en los últimos años es deudora, en silencio, al verso volatinero, balbuciente a veces, casi siempre genial de López Velarde.

En la actualidad, la novela es la que cuenta los triunfos mayores. Después de «Los de Abajo», la admirable obra de nuestro Azuela, palpitante de emocionada realidad, aunque, para mí, no representativa de nuestra revolución; «La Voragine» del colombiano José Eustasio Rivera, novela del poeta, tremenda de misterio, el misterio de la implacable selva voraz, soberbia de lírica belleza; la «Doña Bárbara» del venezolano Gallegos, en la que tipos y paisajes cobran vida inmarchitable; el «Don Segundo Sombra» del argentino Güiraldes, que destaca su gran silueta audaz de gaucho bravío en el cielo del llano, todas estas producciones fortísimas acusan, como he dicho al comienzo, el establecimien-

to definitivo de una etapa novelística americana.

Sin embargo, esta gran corriente novelesca que va de México hacia el Sur, pasando por Colombia y por Venezuela, hasta Chile y la Argentina, o, si queréis, que viene de allá hasta nuestro país, manifiesta, al par que un vigor antes no palpitante en la obra prosaica de América, una diversidad, una anarquía casi en el léxico, ya que en toda ella luce un enorme caudal de voces locales, de voces del pueblo de cada uno de los países a que sus autores pertenecen; lo que me hace temer que, en vez de la siempre deseada unidad lingüística, conceptuada como factor de verdadera importancia para la integración definitiva del alma de la raza hispanoamericana, vayamos hacia el fenómeno medieval de la disgregación, del apartamiento de la lengua vulgar de la lengua culta—*sermo vulgaris* y el *sermo nobilis*—; lo que en este caso podría derivar, por la gran variedad de naciones y pueblos en juego, en la formación de varios nuevos idiomas americanos

Y esto no. Los que ansiamos que sobre estas tierras nuestras, cálidamente soleadas, en las que el azul de los lagos se confunde con el de las montañas, y el de las montañas con el de los cielos; en las que corren murmurantes, o se despeñan indómitos, cien ríos de leyenda; en las que los volcanes

dejan oír aquí y allá sus bárbaros rugidos; los que ansiamos que sobre ellas se afirme una raza inteligente, pujante y noble, en la que definitivamente se conjuguen las virtudes de nuestros pueblos autóctonos, los de Atahualpa y Cuauhtemoc, los de Caupolicán y Manco Cápac, con las de la España conquistadora, que vinieron con los Cortés, los Pizarro y los Jiménez de Quesada, y con los Motolinia, los Bartolomé las Casas y los Vasco de Quiroga, debemos propugnar porque, a través de aquella diversidad de matices idiomáticos, se guarde siempre el nexo con la lengua madre, se conserve por siempre la unidad del habla española.

Porque el idioma no es la raza; pero indudablemente que la lengua común es vía de mejor inteligencia, de más fácil conjunción de voluntades, de más fervorosa comunión de espíritus. Por eso, porque yo ansío que cada día más nuestros pueblos de la América Española, unidos a la nación matriz, formen un solo haz de pensamientos, y de sentimientos, una sola idea en marcha, yo hago aquí mi más íntimo voto porque esta lengua, en la que pensó Juan Luis Vives, en la que escribió Cervantes, en la que escriben y piensan hoy Unamuno en España y Lugones en América, siga siendo, para la eternidad, la santa lengua nuestra.

(Tomado de «El Libro y El Pueblo»).

SOR JUANA DE LA CRUZ. Religiosa de la Tercera Orden Seráfica, hija de la provincia de San Pedro Alcántara y natural de la aldea de Benaján, a una legua de Murcia. Fué monja de ejemplarísima y santa vida, y escribió, por mando de su confesor, VIDA DE SOR JUANA DE LA CRUZ, o sea la suya propia, de que habla el autor de la CRONICA de dicha provincia, en su parte primera lib. III, capítulo 61.

Llena de años, de méritos y virtudes entregó su espíritu en brazos del Señor el día 10. de marzo de 1667, siendo sepultada en el templo de San Antonio de Granada.

OBRAS RECIBIDAS COMO CANJE, DURANTE LOS MESES DE FEBRERO, MARZO Y ABRIL DE 1933

GUATEMALA

«Mensaje que el Presidente de la República, General Jorge Ubico, dirige a la Asamblea Nacional Legislativa». 1 ejemplar.

«Boletín de la Biblioteca Nacional» No. 4, de febrero de 1933. 1 ejemplar.

«Alegato presentado por el Ministerio Público en el juicio ordinario que sigue contra la Sucesión del General José María Orellana y compañeros en defensa de los intereses nacionales». 1 ejemplar.

«Tierras de Oriente», por Salomón Carrillo Ramírez. 1 ejemplar.

«El Indio Guatemalteco», por J. Fernando Juárez Muñoz. 1 ejemplar.

«El Parnaso Guatemalteco», por Humberto Portamencos. 1 ejemplar.

«Estudios Bio-Bibliográficos sobre Rafael Landívar», por J. Antonio Villacorta C. 1 ejemplar.

«Estampas Guatemaltecas», por Antonio Rey Soto. 1 ejemplar.

«Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala», por Fray Francisco Ximénez. Tomos I, II, III. 1 ejemplar.

«Tierra de Sol y Montaña», por José Rodríguez Cerna. 1 ejemplar.

«Guatemala para el Turista», por José Valle. 1 ejemplar.

«Quetzaleida», por Jorge Valladares Márquez. 1 ejemplar.

«Un Pueblo en Marcha», por José Rodríguez Cerna. 1 ejemplar.

«Historia de veintiún años», la Independencia de Guatemala, por Ramón A. Salazar. 1 ejemplar.

«Boletín de la Biblioteca Nacional». 1 ejemplar.

TEGUCIGALPA-HONDURAS

«Explicaciones sobre Práctica Fovense Hondureña en materia crimi-

nal», por José María Sandoval. 1 ejemplar.

«El Escudo Nacional de Honduras». 1 ejemplar.

«Revista del Archivo y Bibliotecas Nacionales», Tomo XI, Nos. I, II, III, IV y V. 1 ejemplar.

«La Gaceta», Diario Oficial de la República de Honduras. 76 ejemplares.

«Revista Médico Hondureña» No. 30. 1 ejemplar.

NICARAGUA

«Revista Mercurio». 1 ejemplar.

COSTA RICA

«La Gaceta» Diario Oficial, Año LV, No. 25 del mes de enero de 1933. 30 ejemplares.

BOGOTA—COLOMBIA

«Propiedad de las minas de petróleo, carbón e hidrocarburos», por Vicente Olarte Camacho. 1 ejemplar.

«Anales del Consejo de Estado». Año XV, Nos. 198 a 202. 2 ejemplares.

«Suplemento al Boletín de Agricultura», No. 18, de noviembre de 1932. 1 ejemplar.

«Observando Vivir», por Marcel. 1 ejemplar.

«Montañas de Santander», por Enrique Otero D. Costa. 1 ejemplar.

«Boletín de Estudios Históricos», No. 51. 1 ejemplar.

«Revista de Higiene». Año XIV, 2a. época, volumen II, No. 1, de enero de 1933. 1 ejemplar.

«Revista Militar del Ejército». Año XXII, Nos. 245 y 246, de los me-

ses de noviembre y diciembre de 1932. 1 ejemplar.

«*Los Municipios de Caldas en 1931*». (Estadísticas comparadas con las de 1930). 1 ejemplar.

«*Obras Completas de Miguel Antonio Caro*», Tomo VI. 1 ejemplar.

«*Boletín de Minas y Petróleo*». Nos. 27 a 42. 1 ejemplar.

«*Revista de Higiene*». Año XIII. 2a. época, No. 12, diciembre de 1932. 1 ejemplar.

»*Leyes expedidas por el Congreso Nacional en su legislatura del año de 1932*. 1 ejemplar.

«*Informe sobre la rebaja al Impuesto de Consumo de Cerveza*», por José del Carmen Meza Machuca y Carlos Echeverri Cortés. 1 ejemplar.

«*Contribución al estudio de la Erpetología Colombiana*». Año 1933. 1 ejemplar.

«*Libro conmemorativo del segundo centenario de don José Celestino Bruno Mutis y Bosio*». 1732-1932. 1 ejemplar.

«*Labores de la Oficina Departamental de Estadística en el año 1931*. 1 ejemplar.

«*Revista Médica de Colombia*. No. 24. Agosto de 1932. 1 ejemplar.

«*Por el Honor de una India*». Drama en tres actos, por Jacinto Albarracín C. 1 ejemplar.

«*Nociones sobre el Plan de Reseña de la Campaña contra esta enfermedad en el Departamento de Caldas*. Por el Dr. Samuel Pérez Mejía. 1 ejemplar.

«*La Gaceta Judicial*». Tomo XXXVIII, No. 1870, del mes de noviembre de 1932. 1 ejemplar.

«*Revista de Higiene*». Año XIV. Segunda época, volumen II, No. 1, del mes de enero de 1933. 1 ejemplar.

«*Nariño, Gaceta Departamental*». Censo General de los ciudadanos

residentes en el distrito de Pasto. del mes de febrero de 1933. 5 ejemplares.

«*Boletín Oficial*». Serie 6, Nos. 211-212, del mes de febrero de 1933. 2 ejemplares.

MADRID-ESPAÑA

«*El Luchador*». Periódico de sátira. No. 92. 1 ejemplar.

«*Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural*». Tomo XXXII, No. 9, del mes de noviembre de 1932. 1 ejemplar.

«*Revista Española de Biología*». 1 ejemplar.

«*La Revista Blanca*». No. 233. 1 ejemplar.

«*El Poder de una Sonrisa*». Novelita corta, por Juan Manuel Seisdedos Gómez. 1 ejemplar.

«*La Fuerza Invisible*». Novelita corta, por Antonio Guardiola. 1 ejemplar.

«*El Luchador*». Nos. 94 y 95. 2 ejemplares.

«*Instituto de Economía Americana*», por Rafael Vahils. 1 ejemplar.

«*Abastecimiento de leche a las grandes Poblaciones*», por Carlos Casado de la Fuente. 1 ejemplar.

«*Rectificaciones en protesta*». Legación de la República Dominicana en España. 1 ejemplar.

«*La Cuestión del Chaco*». Legación de Bolivia en España. 1 ejemplar.

«*Discursos leídos en la Real Academia Española el día 27 de octubre de 1930*», por Manuel Tamayo y Baus. 1 ejemplar.

«*El Banco Exterior de España y las Relaciones Financieras y Comerciales Hispano-Americanas*», por Benjamín Fernández y Medina. 1 ejemplar.

«*Conferencia de Cámaras y Asociaciones americanas de Comercio*». 1 ejemplar.

«*Abastecimiento de leche en las*

grandes poblaciones», por D. Pedro Gavilán Almuzara. 1 ejemplar.

«*La lucha contra el Terror Rojo*». 1 ejemplar.

«*El Correo y la Telecomunicación en España*», por J. A. Galvariato. 1 ejemplar.

«*La Contribución y la Riqueza Territorial en España*». Conferencia pronunciada por el Excmo Sr. D. José Calvo Sotelo. 1 ejemplar.

«*Los Límites de España y las Españas*», por Juan Cueto. 1 ejemplar.

«*Las Repúblicas Hispano-americanas y La Exploración de las Regiones Polares*», por José María Torroja. 1 ejemplar.

«*Proyecto de Asociación Cultural Hispano-americana para conservar el idioma*», por Daniel García Mansilla. 1 ejemplar.

«*Hacia un Congreso Hispano-americano de Cinematografía*». 1 ejemplar.

«*Exposición del Grabado y el Arte del Libro Checoslovaco*». 1 ejemplar.

«*Becquer*», El Poeta del Amor y del Dolor.... por Pedro Marroquín y Aguirre. 1 ejemplar.

«*Fiesta de La Raza*», discurso pronunciado por el Excmo. Sr. don Alfonso Sala y Argemi». 1 ejemplar.

«*Revista de las Españas*», Nos. 75 y 76 de noviembre y diciembre de 1932. 1 ejemplar.

«*Revista Montes y Ríos*», año III No. 30. 1 ejemplar.

«*El Contrato Social*», por J. J. Rousseau. 1 ejemplar.

«*Francisco Ferrer, Apóstol de la Razón*», por O. Arts. Ramos y Francisco Caravaca. 1 ejemplar.

«*El Anticristo*», por E. Renán. 1 ejemplar.

«*El Libro de la Raza*», por J. Brissa y E. Leguina. 1 ejemplar.

«*Catálogo General de la Casa Maucci*». 1 ejemplar.

«*Investigación y Progreso*», No. 3. 1 ejemplar.

«*El Pensamiento Político de don Santiago Alba*», Prólogo de Francisco Nitti. 1 ejemplar.

«*Una Mujer y una Dote*», por M. W. Hungerford. 2 ejemplares.

«*El Cetro de Sandocán*», por Motta Salgari. 2 ejemplares.

«*Lo más Escandaloso*», por Dr. Max Kraffoscki. 2 ejemplares.

MEXICO. D. F.

«*Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores*». 1 ejemplar.

«*Boletín del Ramo de Aduanas de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*», año 1932. 1 ejemplar.

«*Boletín de Impuestos Interiores de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*», año de 1932. 1 ejemplar.

Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores», No. 12 del mes de diciembre de 1932. 1 ejemplar.

«*A la Luz del Siniestro*», por Alvaro Leonor Ochoa. 1 ejemplar.

«*Boletín del Petróleo*», Nos. 5 y 6 del mes de mayo y junio de 1932. 1 ejemplar.

«*Revista Eurindia*», No. 21, año III. 2a. época. 1 ejemplar.

«*Boletín de Impuestos Interiores*», año 1932, No. 210. 1 ejemplar.

«*La Hermana Impura*», (Un esqueleto de novela) por J. M. Puig Casauranc.

MONTEVIDEO-URUGUAY.

«*Boletín de Estadística de la República Oriental del Uruguay*». 1 ejemplar

«*Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores*». 2a. época. 1 ejemplar.

«*Boletín del Instituto Internacional*

Americano de Protección a la Infancia. Tomo VI, No. 3, del mes de enero de 1933. 1 ejemplar.

«*Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores*». 2a. época, año 1, Tomo I, No. 5. 1 ejemplar.

ECUADOR

«*Gaceta Judicial*», Órgano de la Corte Suprema de Justicia. 1 ejemplar.

«*Boletín de Hacienda*», No. 54. 1 ejemplar.

«*Historia de la República*», por Oscar Efrén Reyes. 1 ejemplar.

«*Teoría General del Derecho Civil Internacional*». Tomo I, por Ángel Modesto Paredes. 1 ejemplar.

«*Naturaleza del poder público y del sometimiento del hombre a las autoridades del país*», por Ángel Modesto Paredes. 1 ejemplar.

«*Revista Educación*», Órgano del Ministerio de Instrucción Pública. 1 ejemplar.

«*Ensueños y Añoranzas*», por Enrique Gallegos Naranjo. 1 ejemplar.

«*Hojas de Canto*», por F. J. Falquez Ampuero. 1 ejemplar.

HABANA-CUBA

«*El Feminismo y el Hogar*», por Graciela Barrinaga y Ponce de León. 1 ejemplar.

«*Revista de la Sociedad de Geografía de Cuba*», No. 4. 1 ejemplar.

«*Boletín de la Liga contra el Cáncer*». 1 ejemplar.

CARACAS-VENEZUELA

«*Boletín del Archivo Nacional*». 1 ejemplar.

«*La Escondida Senda*», por Pedro Emilio Coll, (Enviados por su autor). 50 ejemplares.

WASHINGTON

«*Boletín de la Unión Panamericana*». 1 ejemplar.

«*La yuca, su cultivo y aprovechamiento*». 1 ejemplar.

Folleto, «*Servicio Social*», No. 83. 1 ejemplar.

«*Legislación Aérea Internacional en las Repúblicas Americanas*. 1 ejemplar.

«*Viajando por las Américas*». 1 ejemplar.

«*El Viajero a través de las Américas*». 1 ejemplar.

BUENOS AIRES

«*Los Argentinos*», por Alfonso Durán. 1 ejemplar.

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, RIO JANEIRO

«*No Galpão*», Contos Gauchescos, por Azambuja Darcy. 1 ejemplar.

«*O Marquês de Barbacena*», por Calogeros Pandiá. 1 ejemplar.

«*Anthologia da Academia Brasileira de Letras*, por Humberto de Campos. 1 ejemplar.

«*O Matuto Crearense e o Caboclo do Pará*», por José Carvalho. 1 ejemplar.

«*A Cachoeira de Paulo Affonso*», por Alves Castro. 1 ejemplar.

«*Espumas Fluctuantes*», por Alves Castro. 1 ejemplar.

«*Cantadores e Poetas Populares*», por F. Baptista Chagas. 1 ejemplar.

«*A Raça (contos)*», por Cacy Cordovil. 1 ejemplar.

«*O Meu Proprio Romance*», por Graça Aranha. 1 ejemplar.

«*Os Inadaptados*», por Thomas Leonardo. 1 ejemplar.

«*Joaseiro do Padre Cicero*», por Filho Lourenço. 1 ejemplar.

«*O Umbigo de Adão*», por Albuquerque e Medeiros. 1 ejemplar.

«*Segredo Conjugal*», por Albuquerque e Medeiros. 1 ejemplar.

«*No País das Carnaúbas*», por D. Oliveira de Martins. 1 ejemplar.

«Os Cem Melhores sonetos brasileiros», por Alberto de Oliveira. 1 ejemplar.

«Contos de Hontem e de Hoje», por Rodrigo Octavio. 1 ejemplar.

«Segunda Viagem do Rio de Janeiro a Minas Gerais e a São Paulo (1822)», por Augusto de Saint Hilaire. 1 ejemplar.

«O Tupi na Geographia Nacio-

nal», por Theodoro Sampaio. 1 ejemplar.

«Nas Serras e nas Furnas», por Waldomiro Silveira. 1 ejemplar.

«Onomastica Geral de Geografia Brasileira», por Bernardino José de Souza. 1 ejemplar.

«Raça e Assimilação», por Viana Oliveira. 1 ejemplar.

PUBLICACIONES NACIONALES RECIBIDAS DURANTE EL MES DE FEBRERO, MARZO Y ABRIL DE 1933

«Revista Cypactly», Imp. Diario del Salvador. 3 ejemplares.

«Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador», No. 83. Imprenta Funes & Ungo. 3 ejemplares.

«Revista Judicial», Nos. 1, 2, 3, 4, 5 y 6 de los meses de enero a junio de 1932. Imprenta Nacional. 3 ejemplares.

«Consejo Supremo de la Asociación Cívica Salvadoreña», Cartilla del Guardia Cívico. Imp. Nacional. 3 ejemplares.

«Ley de Cédula Patriótica de Defensa Social», Imp. Nacional. 3 ejemplares.

«Revista La Centro Americana», No. 247, de febrero de 1933. Tipografía La Unión. 3 ejemplares.

«Revista Variedades», No. 2, Serie 20. Imp. La República. 3 ejemplares.

«Revista La Centro Americana», No. 248, marzo de 1933. Tipografía La Unión. 3 ejemplares.

«Revista Cypactly», No. 27. Imp. Diario del Salvador. 3 ejemplares.

«Memoria de Gobernación, Fomento, Agricultura, Trabajo, Beneficencia y Sanidad», Imp. Nacional. 20 ejemplares.

«Entre Broma y Broma», No. 2, Imp. Ariel.

«Informe de la Auditoría General de la República, sobre el ejercicio de 1931, 1932, 1933». Imp. Nacional. 3 ejemplares.

«El Salvador Médico», No. 7, año XI, de diciembre de 1932. 3 ejemplares.

«Dharma», Revista Teosófica, No. 27, mes de marzo de 1933. 3 ejemplares.

«Pro Restablecimiento Económico de El Salvador», (Sonsonate). 3 ejemplares.

«El Salvador Médico», No. 8, enero de 1933. Imp. Ariel. 3 ejemplares.

«El ex-Alumno Salesiano», No. 6, marzo de 1933. (Santa Tecla). 3 ejemplares.

«El Salvador Médico», No. 7, año XI, del mes de diciembre de 1932.

«Dharma», (Revista Teosófica), No. 27, del mes de marzo de 1933. 3 ejemplares.

«Pro Restablecimiento Económico de El Salvador», (Sonsonate). 3 ejemplares.

«El Salvador Médico», No. 8, del mes de enero de 1933. 3 ejemplares.

INDICE

EDITORIAL.....	1
CARTA PROLOGO, por Alberto Masferrer.....	3
EN LA MONTAÑA O EL ALMA DEL INDIO, por José Valdés	6
LA POESIA DE NUESTRO CAMPO, por Francisco Mi- randa Ruano	
ANA DOLORES ARIAS, por Joaquín Méndez	12
CECILIO LOPEZ, por Miguel Angel Ramírez.....	14
LECTURA DE LOS CLASICOS...	17
NOTA SOBRE UNA OBRA MONUMENTAL.....	18
EDAD HISTORICA DEL CASTELLANO, por Alfredo Pérez Guerrero.....	20
ELOGIO DEL CASTELLANO, por Alejandro Quijano...	22
CANJES.....	28

1

Las Ohrs Más Interesantes

Las encontrará usted en la LIBRERIA

La Liquidación Ambulante

EXTENSO SURTIDO.

LOS MEJORES AUTORES.

LOS MAS BAJOS PRECIOS

Visítela y se convencerá.

Frente a H. de Sola.

Apartado 16, San Salvador.

Los libros son ventanas abiertas a la eternidad.
Ellos son las lenguas vivas que nos hablan
del pasado.....

Visite la Librería "Rodezno"

Quiere enriquecer su lenguaje?
Lea a los clásicos.

La Librería Rodezno se los ofrece.
Los centavos que gaste en buenas
lecturas, al cabo del tiempo
volverán a Ud. centuplicados.

Visite la Librería "Rodezno"

EL LIBRO ES EL MEJOR AMIGO.

EMPLEE SU DINERO EN LIBROS.

**LA LIBRERIA JOAQUIN RODEZNO le vende
buenas obras a precios muy cómodos.**